

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

CALIFICATIVOS SOBRE EL SUCURSALISMO

«¡Ah! ¡Vamos! ¡Lo que ustedes intentan, es, otra vez, el sucursalismo!», nos dice un querido amigo catalán, comentando recientes iniciativas políticas. Parece que el término tiene, en ese país, un regusto peyorativo: salvo cuando se aplica a las expansiones bancarias, cuyo apéndice sucursalista se extiende a toda la península. Ignoro cuál es el aspecto concreto que hace del vocablo un epíteto lacerante. En esta gran confusión que padecemos, las simplificaciones nominalistas se llevan a cabo, por la pereza mental o indigencia de las gentes que se aferran a una palabra, para evitarse el discurrir por cuenta propia. Produce asombro, la cantidad de veces que en una conversación o discusión y, no digamos, polémica, acaba en dos o tres calificativos: «fascista», «liberal», «comunista», «bunkerista». Añadimos ahora, en tono menor, lo de «sucursalista».

¿Qué es un sucursalista? Un hombre que enajena su voluntad de acción política a las orientaciones que vienen de fuera. Concretamente del centro, de la capital, es decir de Madrid. Los que vivimos en la meseta, aunque ésta sea «el rompeolas de todas las provincias españolas», llevamos el sambenito a cuestas, de ser motejados de inspiradores del centralismo político, con desdén u olvido de las opiniones de la periferia. Yo soy periférico de nación, es decir de nacimiento y familia, y por eso me trae sin cuidado el calificativo. Pero me preocupa, en tanto representa y significa un clima evidente de recelo de las regiones y, especialmente, de las más dinámicas, hacia Madrid. Parecería existir una suspicacia profunda hacia cualquier intento de producir un movimiento político o ideológico desde la Corte, en el que se contaría con incorporar como simples «sucursales», a los núcleos afines de las fuerzas centrifugas de las gentes de España. ¿Es realista ese esquema, aceptado sin discernimiento por muchas personas, por lo demás de gran independencia crítica en otras materias? A mi entender, se trata de una imagen simplificada que no responde a una situación efectiva actual.

Ningún propósito serio de organización política puede crearse con unas coordenadas de esa naturaleza, en la colectividad española de los años 70. Si se aspira a una convivencia demo-

crática, firmemente arraigada en la opinión popular, articulada en diversas tendencias, éstas han de brotar de la espontaneidad social, de los diversos estamentos, y, como es lógico, de los distintos países y comarcas que forman nuestra comunidad nacional. A cada uno de ellos corresponderá organizarse y establecer sus estructuras de pensamiento y acción dentro de los cauces legales. Pensar que desde el centro a la periferia se vaya a extender una red de contactos y líneas jerárquicas que regimenten paternalísticamente los criterios regionales y locales es situarse deliberadamente en el terreno de la utopía. Acaso el precedente de la organización única de estos últimos treinta años, ha impuesto el prejuicio de que solamente un sistema de pirámide era viable en nuestra nación. Lo que fue cierto para un determinado sistema ideológico no lo es ya, evidentemente, para la España plural y cambiante de nuestros días. El sucursalismo como método, no tendría cabida en ningún proyecto asociativo o partidista de la derecha o de la izquierda por falta de base y ambiente para prosperar.

Otra cosa es que las grandes corrientes ideológicas de la política moderna tengan expresiones y formulaciones que resulten válidas para las cuatro esquinas de la piel de toro. Si se analiza el sistema democrático, originado en el principio de la soberanía popular, y se propone corregir los riesgos de su funcionamiento planario, en la sociedad industrial de masas, contemporánea, se llegará a un programa de lo que podemos llamar, la derecha democrática que muchas gentes pueden apoyar, o suscribir, o votar, en su día, con el mismo clarividente deseo en Madrid, en Barcelona, en Bilbao o en Sevilla. Parecido argumento puede hacerse en favor de un programa socialista o liberal o reformista o demócrata cristiano ponemos por caso. Que el ciudadano de Lérida, opte por mostrar su adhesión a una tendencia semejante o paralela, a la que tiene ante sí, el elector de Málaga o de La Coruña (en qué puede llamarse sucursalismo, cuando se trata por el contrario de una coincidencia de pensamiento y de criterios que tiene su raíz en la analogía de los problemas y en la identidad de apreciación de las soluciones? Las sociedades desarrolladas del Occidente tienen una ho-

mogeneidad básica de orden social, económico y cultural-técnico que les obliga a la búsqueda de comunes denominadores políticos. No hay gran diferencia en las formulaciones doctrinales del conservadurismo británico o del giscardismo francés por ejemplo. Pero ¿cómo llamaríamos «sucursalismo» al hecho de que en nuestro país se pusiera en marcha un movimiento semejante, con vistas al futuro de la política española? Sería ridículo. Como lo es el argumento de que la homologación gradual y adecuada de ciertas mecánicas representativas, que, a su vez, derivan de unos grandes principios de la filosofía de la vida pública, fueran a ser «sucursales» del extranjero o «copias serviles» de lo que funciona por ahí. Pero ¿es que la tecnología científica o industrial no está basada en su intercambiabilidad y en su eficacia universal, comprobada por la experiencia?

Todo el mundo abriga un cupo de originalidad insobornable y admite un margen de influencia ajena, necesaria para el progreso de la sociedad. No hay autarquías culturales, ni archipiélagos políticos, salvo en los Gulags de los países de sistemas totalitarios. La vida humana, individual y colectiva, es en esencia, permeabilidad y transvase, ejemplaridad e imitación. Somos, siempre, tributarios de algo; de mucho, en las sociedades más evolucionadas que recogen y aprenden y digieren, conocimientos, experiencias y nuevos ensayos de formas que la necesidad obliga a inventar. Hablar de «sucursalismo» es a mi parecer, dar prueba de un cierto complejo que ningún pueblo, verdaderamente grande y fuerte, y seguro de sí mismo, debe sentir. Ni Cataluña, ni Vasconia, ni Galicia, ni Andalucía, ni Castilla, son sucursales de nada ni de nadie en el orden interior. Ni tampoco España puede sentirse «sucursalista» de ninguna constelación poderosa en el ámbito exterior. Sucursal es vocablo comercial, de almacenes y tiendas. Los pueblos tienen alma y es el espíritu el que sopla en sus velas cuando navegan por el mar de la historia.

José María DE AREILZA

LA ALIMENTACION HUMANA

PARA LA HISTORIA DE LOS SABORES

— II —

Si: aquel agua que los diccionarios tan ingeniosamente definen como «líquido incoloro inodoro e insípido», si procede de los grifos urbanos, ha dejado de ser esto último, y sabe a cloro. Así lo urgen unas necesidades higiénicas irrefragables, de potabilidad, y, mientras no encuentren otra solución, así continuará la cosa. ¿Y el pollo industrial? ¿A qué sabe? No se trata sólo del pollo, por supuesto. La pregunta podría aplicarse a más animales comestibles hoy en mercado. ¿A qué saben? Es difícil «describir» un sabor, desde luego. Las palabras sirven poco en casos como éste: la literatura gastronómica, nunca demasiado abundante en ninguna parte, suele valerse de metáforas más o menos seguras, o, si no, de referencias a otros sabores que se dan por conocidos. Hay unos cuantos sabores que cabría llamar elementales: dulce, salado, amargo, agrio, picante, quemado. Hay otros muy específicos de una materia también muy concreta: lo del cloro, sin ir más lejos, vale como ejemplo. En la medida en que un sabor es igualmente, o sobre todo, un olor, el asunto se complica: no me meteré en tales terrenos, que los viejos manuales de Fisiología explicaban claramente. Y no cabe duda de que la apreciación subjetiva y la experiencia de cada cual —o primero la experiencia y luego la apreciación— ofrecen un amplio margen al equívoco. «De gustibus non est disputandum», decían: entre los «gustos» el sentido del gusto es quizá el más personal...

Cortando por lo sano, podríamos exponerle de esta manera: las personas que han tenido la oportunidad de comer pollo pre-industrial, cuando se han enfrentado con los pollos industriales, llegan a la conclusión de que no saben a «pollo». Dejaremos a un lado lo que en ello haya de juego verbal o de sofisma involuntario. El hecho es cierto. Ambos animalitos reciben el mismo nombre, y, en realidad, las manipulaciones de la crianza, tan distintas, les convierten en carnes de sabor muy diferente. La mediación industrial, en los pollos y en las de-

más bestias a su alcance, impone unas profundas novedades en el «élevage» —que es, como dicen los técnicos, «élevage intensif»: unos piensos artificiales, lacerantemente preparados para acelerar el crecimiento del pollo —o el huevo, la lechuga, las magras, los hietes— y abaratar su costo; unos condicionamientos «estabulares» aflictivos, que a su vez producen un desasosiego tremendo, y comprensible, a las víctimas, forzadas a la inmovilidad o a las apreturas —algunos intentan devorar al vecino, y hay que mondarse el pico, otros le chupan lo que no deben chupar, y conviene impedirlo—; la administración de tranquilizantes químicos, para que se comporten como está previsto. Y más cosas, supongo. El resultado de estas interferencias ha de repercutir, de un modo u otro en el «producto»: en su sabor, en principio.

En su sabor y en algo más: en la calidad nutritiva de la carne, del huevo, de la leche. El problema es si esta «calidad» merece o no alguna gratitud... Todo depende del punto de vista que se tome. Sea como fuere, en la fase pre-industrial del área agropecuaria, el hombre nunca se abstuvo de intervenir en el «élevage» de sus animales: no se lo propuso —ni podía— como «intensif», pero hizo cuanto supo para sacarles mayor rendimiento. Les llevaba a paecer, les daba comida especial y, de vez en cuando, los castraba. Un capón —un gallo castrado— era un ingrediente culinario excepcional, de fibra tenue y colosales sectores de grasa apetitosa. Los cerdos domésticos eran sometidos a la misma operación, con vistas a la matanza, sus embutidos y sus fritos. Y el buey —el bou, monument de pau—, decía aproximadamente un verso del reverendo Llorenç Ribera—, extirpadas sus glándulas de bravura, se convertía en el equivalente dócil del tractor: como la mula. No saquemos el tema de quicio: el nuestro antepasados rurales hacían manos y mangas con sus animales, no hay razón para quejarse de que las sociedades anónimas actuales hagan otro tanto, y a su aire. ¿Salimos ganando o perdiendo, «todos», en el cambio de sabor? ¿Democratizar el pollo, al industrializarlo, es una ventaja o un inconveniente?

Reconozco que el planteamiento es estúpido, pero había que hacerlo. «Dar de comer al hambriento» no sólo es una obra de misericordia preconciliar, sino también una exigencia política general. Los que mandan, y por la cuenta que las tiene, procuraran que sus vasallos coman: por muy visigótica que sea su concepción del poder, procuran alimentar a la gente, o que la gente se las arregle para alimentarse. Como sea. No entra en sus cálculos, y me parece muy bien, si el «pollo» tiene este sabor o el otro. La consigna —medieval, o casi— de «la poule-au-pot» ya la practicaron los Capetos... Pero, yo, a lo que iba, es a la cuestión del «sabor». El sabor, en cuestiones de mesa, es un derivado cultural tan notable como la metafísica o la novela. U más. La historia de la cocina ha sido notoriamente descuidada, en comparación con las acumulaciones eruditas que se acumulan sobre los versos y las prosas, sobre las filosofías, sobre las batallas, sobre la diplomacia, sobre la economía. Es un error metodológico, en definitiva, ya que el «estilo» de comer, y no digamos ya los recursos de comer, están en el fondo de la cuestión, de cada cuestión. Las guerras y las huelgas, la lucha de clases, la industria y el comercio, la autoridad y la libertad, cualquier concepto «historiográfico» utilizable, descansan sobre la comida diaria de cada cual: de su cantidad y de su calidad. El neocapitalismo ha democratizado el pollo. No sé qué ocurre con los comestibles el otro lado del hipotético «telón de acero». Por acá, es como digo.

No estará de sobra otra reflexión. Esta: ese pollo pre-industrial, ¿qué fue antes de ser un animal doméstico? ¿Cómo era su carne, entonces? Porque todos nuestros animales industrializados, o casi todos, fueron animales domésticos, y antes de serlo fueron animales salvajes. La inocente gallina de corral, en sus buenos tiempos, fue una fiera, como el león, el puma o el águila. Los borregos, que en nuestra terminología tonta representan una fatal inanidad gregaria, ¿lo eran tanto, en un momento de comienzo? Las abejas son otra anécdota. No es lo mismo una abeja que un perro: el perro es el animal «amigo del hombre» porque el hombre lo domesticó. Como domesticó a la gallina. Sólo Dios sabe los

sudores que costó que la gallina, de ser una «fiera» —que lo era, como lo fueron el cerdo, la pacífica vaca, el pavo, el conejo, el entero ganado lanar, etcétera—, acabase siendo un animal «acorralado». Todos los animales que nos nutren habitualmente proceden de esa «domesticación»: del esfuerzo de reducirlos a animales de corral... Yo supongo que ése ya fue un cambio decisivo en la historia del «sabor». Una gallina silvestre, cazada, daba un caldo o un asado que, más tarde, la misma gallina, apaciblemente convertida en «ave doméstica», no producía. El salto del animal salvaje al animal doméstico, en punto a «sabores» es comparable al salto del «ave de corral» al «ave industrializada».

Acostumbrados como estábamos al «gusto» del pollastre casero, ya habíamos olvidado qué pudo ser esa bestia antes de ser domada. Simultáneamente, las personas con posible no habían descartado esa diferencia. La caza fue y es una eventualidad de comer animales no domesticados: no «acorralados». Un volátil de paso, un venado insólito, un jabalí devastador, una vez «cazados», constituyen un rango de «sabor» muy especial. El de nuestros bisabuelos o tatarabuelos. De tarde en tarde, y quien lo puede pagar, tiene acceso a una «carne» primitiva. Que ni siquiera es «doméstica». Su «sabor», históricamente, es «distinto». Lo es en términos de caza actual: la carne de unas bestias todavía no domesticadas, sea la perdiz, el jabalí, o lo que sea. Hay restaurantes que, en las grandes ciudades, ofrecen su «banco de caza»... La caza es el hombre de las cavernas: todo un menú. De la caza se pasó al «corral». Y del corral llegamos a la industrialización de los bichos comestibles. Son tres maneras de comer: de sacarle «sabor» al comer, de paso. Puede que haya más, de por medio, pero bastan esas tres: el pollo salvaje, el pollo doméstico —casolá— y el pollo industrial. Olvidamos a menudo, muy a menudo, lo primero: lo que pudo ser una gallinacea libre. Peligrosa, hueiga decirlo. Pero más sabrosa... El «sabor»...

Joan FUSTER

Penpiñá
Rda. Universidad, 21 y Rda. San Pablo, 4-6 y 8 Tels. 242 1735-318 79 94

LISTAS DE BODA
para bodas de listas

CON DOS SALAS DE EXPOSICION:
En Rda. San Pablo, 4-6 y 8
y Rda. Universidad, 21

Y...
Cada pareja de novios será atendida siempre
por la misma Srta. especialista en Listas de Boda

**OBSEQUIO SORPRESA
A LOS NOVIOS**

hasta 30%
descuento en efectivo

**CARPINTERIA
METALICA
N I L O**

Le ofrece su pronta y segura colocación de su galería, Ventana o terraza, tiendas, cocinas y puertas mixtas.

Tels. 386-22-04 y 386-22-08
Facilidades de pago

**REPAR, S. A.
REFORMA PISOS**

Cocinas y baños
Grandes facilidades
Padilla, núm. 347
TELEFONO 256-69-02

**LA SALUD ES IMPORTANTE
CHEQUEO**

Esta es la palabra, ya conocida por todos, que nos da a entender el examen exhaustivo efectuado por ocho Especialistas en un mismo Centro y con las instalaciones adecuadas para ello.

Sabido es que mejor es prevenir que curar, y en la actualidad la sociedad es bien consciente de la importancia de la salud del individuo, su repercusión en todos los aspectos de la vida y por ende, la inexcusable responsabilidad del bienestar de la familia que la rodea.

Este Instituto le ofrece el Chequeo Completo, Parcial o Internado en clínica.

INSTITUTO ESPAÑOL DE RECONOCIMIENTO MEDICO
Avda. Generalísimo Franco, 598, 2.º, 2.º - BARCELONA-11
(Plaza Calvo Sotelo). Información telef. 217.94.76 y 217.96.32

**SEÑORAS
Y SEÑORES**

Oferta de azulejos restos de exportación desde 2,50 ptas. decorados. 2 ptas. lisos. Plaqueta 10 x 20, 300 ptas. m.2 Pavimentos de 20 x 20, 500 ptas. Para verlo en TOT CERAMICA. C. Juan Güell, 54-56.

T.V.

Todas marcas
blanco-negro y color
Sin entrada
Desde 500 pesetas al mes
Abonamos por el suyo viejo
Hasta 10.000 pesetas
(Regalamos mesita y antena)
Teléfono 340-79-14